

MUNIBE (Antropología - Arkeología)	42	153-160	SAN SEBASTIAN	1990	ISSN 0027 - 3414
------------------------------------	----	---------	---------------	------	------------------

# Las Cuevas Sepulcrales en el País Vasco

## Burial caves in the Basque Country

**PALABRAS CLAVE:** Cueva sepulcral, Neolítico, Edad del Bronce, País Vasco.

**KEY WORDS:** Burial cave, Neolithic, Bronze Age, Basque Country.

Angel ARMENDARIZ\*

### RESUMEN

Actualmente se conocen en el País Vasco unas 230 cuevas sepulcrales. En general, se trata de inhumaciones colectivas efectuadas desde el Neolítico a época romana. En este artículo se presentan algunos de los problemas que plantea su estudio.

### SUMMARY

At present, there are known about 230 burial caves in the Basque Country. In general, they are collective inhumations made from Neolithic to Roman Age. The article shows some of the problems that their study presents.

### LABURPENA

Gaur egun Euskal Herrian 230 ehorzketa-haitzulo ezagutzen dira gutxi gora behera. Kasu gehienetan Neolito Arotik Erromatar gaia-  
rarte eginiko talde-ehorzketak direla esan dezakegu. Lan honetan haitzulo hauen ikerketak dakartzan arazoak aurhezten dira.

La existencia en el País Vasco de cuevas utilizadas como lugar de enterramiento en épocas prehistóricas es un hecho observado de antiguo. T. DE ARANZADI y J.M. DE BARANDIARAN recogen (1928) un curioso comentario de LOPEZ DE ISASTI, contenido en su *Compendio Historial de Guipúzcoa*, publicado en 1625, que dice: «En la falda de la montaña de Ernio, jurisdicción de Asteasu, hay muchas cuevas a donde se ven calaveras de muertos...» Pero las primeras exploraciones de algunas de estas cuevas por parte de ciertos eruditos y aficionados datan de finales del siglo pasado, coincidiendo con el interés despertado en la época por las primeras investigaciones en el terreno de la prehistoria vasca.

Sin embargo, no es hasta 1927 cuando J.M. DE BARANDIARAN inicia lo que puede considerarse como la primera excavación científica en uno de estos yacimientos, concretamente Jentiletxeta. Hasta ese momento se habían investigado ya numerosos dólmenes, pero las sepulturas en cueva, menos llamativas, habían pasado prácticamente desapercibidas. Con la intuición que suele caracterizar sus intervenciones, BARANDIARAN concluye su memoria acerca de Jentiletxeta con las siguientes palabras: «Los restos

humanos, en unión con el ajuar funerario de los dólmenes, parecen demostrarnos que esta cueva sirvió de sepultura al hombre prehistórico, lo cual es una novedad en la prehistoria vasca. La sepulturas eneolíticas conocidas en el país vasco eran de tipo megalítico. Desde ahora deberá pensarse también en grutas sepulcrales, cuya investigación sea quizá tanto o más interesante como la de los dólmenes».

Efectivamente, a partir de entonces se han ido sucediendo los descubrimientos y las excavaciones en este tipo de yacimientos. El propio BARANDIARAN en su síntesis sobre la Prehistoria del País Vasco (1953) cataloga ya 24 cuevas sepulcrales, aunque en algunas de ellas no se especifica todavía este carácter. Más tarde, habrá que esperar hasta la publicación del corpus correspondiente a la tesis doctoral de J.M. APELLANIZ (1973) para conocer una nueva recopilación de estos yacimientos, que suman allí un total de 64 (sobre 92 yacimientos en cueva = 69,5%), aunque en algunos casos su carácter sepulcral ha sido reconocido con posterioridad.

Desde hace pocos años contamos, como documentos fundamentales, con la publicación de tres cartas arqueológicas provinciales, donde se recogen 123 de estos yacimientos. Así, en Alava (A. LLANOS et al., 1987) se citan 46 (entre 116 cuevas inventa-

\* Dpto. de Prehistoria. Sociedad de Ciencias Aranzadi, San Sebastián.

riadas =39,6%); en Guipúzcoa (J. ALTUNA et al., 1982) se citan 36 (entre 83 cuevas inventariadas = 43,3%); y en Vizcaya (J.L. MARCOS, 1982) se recogen 41 (entre 89 cuevas inventariadas = 46%). Del mismo modo, en la síntesis sobre Prehistoria de Navarra de I. BARANDIARAN y E. VALLESPI (1980), lo más cercano a una carta arqueológica para esta región, se incluyen 12 cuevas sepulcrales (entre 28 cuevas inventariadas = 42,8%). Por lo que respecta al País Vasco Continental, con sólo un par de yacimientos, el fenómeno es todavía casi completamente desconocido.

Los trabajos de síntesis sobre el tema han sido muy escasos, a pesar de la creciente importancia de los descubrimientos. Prácticamente se reducen a lo expuesto en las tesis doctorales de J.M. APELLANIZ (1974 y 1975) y de T. ANDRES (especialmente en 1977 y 1979), aunque pueden hallarse comentarios sobre aspectos parciales en diferentes trabajos de éstos y otros autores. Nosotros mismos hemos abordado anteriormente el asunto con un pequeña síntesis referida exclusivamente al territorio guipuzcoano (A. ARMENDARIZ y F. ETXEBERRIA, 1983).

En el poco tiempo transcurrido desde la aparición de todas las publicaciones citadas se han producido novedades importantes que justifican y, aún más, hacen imperiosa la necesidad de un estudio de conjunto sobre el tema, estudio en el cual nos hallamos actualmente embarcados (\*). En el limitado espacio de que disponemos aquí, sin embargo, solamente nos proponemos avanzar algunas notas y reflexiones de carácter muy general, que plantean aspectos diversos del problema.

Entre las novedades a que hacemos referencia figuran un incremento en las labores de excavación de cuevas sepulcrales, con una metodología moderna que permite afinar el trabajo, y la aplicación de métodos de datación absoluta, antes apenas aprovechados. Al propio tiempo, se registra una incesante actividad de prospección de nuevos yacimientos.

Como consecuencia de esta labor, figuran actualmente en nuestro archivo unas 230 cuevas con enterramientos, para la totalidad del País Vasco. Por territorios, siempre de un modo aproximado pues existen yacimientos dudosos por uno u otro motivo, se distribuyen del modo siguiente: 84 en Guipúzcoa, 63 en Alava, 59 en Vizcaya y 24 en Navarra.

Tal distribución, como puede verse en el mapa adjunto, donde la hemos reflejado de modo general, resulta muy desigual, en función de la distribución de las áreas kársticas y de la diferente intensidad de

prospección en los distintos territorios (sólo así se explica que Navarra, siendo con mucho la región más extensa y con importantes macizos calizos, cuente con tan pocos yacimientos de este tipo).

La mayor parte de estas cuevas, en general pequeñas o de acceso difícil, es conocida solamente gracias a pequeñas catas o prospecciones superficiales. Las excavadas, o las que al menos cuentan con sondeos amplios o recogidas de material abundante de superficie, suman unas 60. En cualquier caso, unas y otras constituyen un denso conjunto de yacimientos capaz de proporcionar valiosa información.

Su interpretación, empero, no está exenta de dificultades, como las inherentes en general a cualquier otra forma de enterramiento colectivo depositado por acumulación a lo largo del tiempo. En estos casos los ajuares, como los cadáveres, han acabado entremezclándose de tal manera que, salvo en contados casos, no es posible recuperarlos en secuencias estratigráficas aprovechables.

Hay, además, otros problemas, típicos o exclusivos de las cuevas, por ejemplo los que se presentan cuando éstas han servido, sucesiva e incluso alternativamente, como habitación y como recinto sepulcral. Ocurre entonces que no es fácil deslindar los materiales correspondientes a uno u otro tipo de ocupación.

A pesar de todo, los métodos tipológicos o comparativos, las dataciones absolutas y la abundancia de yacimientos, que favorece la existencia de casos diversos y por tanto contrastables, nos permiten progresar en algunos aspectos. Uno de éstos, y no el de menor importancia, es el relativo a la evolución del fenómeno a lo largo del tiempo.

## ORIGEN Y EVOLUCION DE LOS ENTERRAMIENTOS EN CUEVA.

Aprovechar las cuevas naturales para efectuar enterramientos es una práctica tan simple que se rastrea en muchas épocas y lugares diferentes. Pero, incluso circunscribiéndonos a nuestra área geográfica y marginando posibles evidencias paleolíticas, una primera aproximación a los yacimientos permite concluir de inmediato que el fenómeno tampoco es uniforme ni limitado a un momento o época determinada.

Las inhumaciones más antiguas detectadas hasta el momento se localizan en el Nivel I de la cueva navarra de Zatoya I (I. BARANDIARAN, 1982), que es descrito como de habitación con enterramientos esporádicos. Se atribuye a un Neolítico de tradición epipaleolítica, que ha sido fechado por radiocarbono.

(\*) En nuestra tesis doctoral en curso, por la Universidad del País Vasco, bajo la dirección del Dr. I. BARANDIARAN



Fig. 1.— Distribución general de las cuevas sepulcrales en el País Vasco.

no en  $6.320 \pm 280$  B.P. Es una fecha realmente vieja para unos enterramientos de tipo aparentemente colectivo, pero no inaceptable, pues empezamos a percibir la extraordinaria antigüedad de nuestras sepulturas dolménicas con rituales de inhumación colectiva semejantes. A la espera de la publicación definitiva de este yacimiento, cabe, no obstante, preguntarse si los restos humanos presentes en el nivel no procederán accidentalmente del inmediatamente superior, ya en superficie, donde existen inhumaciones de la Edad del Bronce, aunque es verdad que en lo publicado hasta ahora no se alude a esta posibilidad.

Han salido a la luz otros enterramientos de época neolítica en las cuevas de Fuente Hoz, Marizulo y Padre Areso.

Los excavadores distinguen en el Nivel I de Fuente Hoz (A. BALDEON *et al.*, 1983) tres pisos superpuestos de inhumaciones, que pasarían desde un enterramiento individual en el inferior a los colectivos situados por encima, en lo que sería una secuencia evolutiva muy interesante que podría haber sorprendido la transición de uno a otro tipo de enterramiento, en un momento fechado en  $5.160$  y  $5.240 \pm 110$

B.P. Desgraciadamente, el análisis de los restos humanos (J.M. BASABE & I. BENNASSAR, 1983) no esclarece con precisión este aspecto, e incluso parece contradecirse con lo observado durante la excavación.

Tanto en la base del Nivel I de Marizulo (M. LABORDE *et al.*, 1967) como en el Nivel II del abrigo del Padre Areso (M.A. BEGUIRISTAIN, 1987) se presentan sendas inhumaciones individuales que se atribuyen a épocas parecidas, es decir, al Neolítico Medio-Final. La primera de ellas fue fechada en  $5.285 \pm 65$  BP.

Sin embargo, parece que el verdadero afianzamiento de los enterramientos en cueva, generalmente ya de carácter colectivo, se produce a partir de un período poco definido todavía, pero que cada vez se muestra más interesante, que podríamos considerar como de transición Neolítico-Calcolítico y situar, en fechas C14, durante la primera mitad del III milenio, aproximadamente.

Estrictamente, sólo tres cuevas sepulcrales gozan de fechaciones absolutas referibles a este momento, aunque, a juzgar por sus ajueres o la posición estratigráfica de sus niveles funerarios, otras

varias podrían tener la misma opción. El Nivel IIIB de Los Husos, con una fecha de  $4.730 \pm 110$  B.P., se encuentra bien estratificado entre un Neolítico final y un Calcolítico antiguo, éste también sepulcral (J.M. APELLANIZ, 1974). No lejos, el Nivel III de Peña Larga ha proporcionado una fecha del  $4.470 \pm 160$  B.P. (J. FDEZ ERASO, 1986). Por nuestra parte, hemos obtenido las fechas de  $4.490 \pm 170$  y  $4.160 \pm 120$  B.P. para lo que pueden ser los enterramientos más antiguos de la cueva de Urtao II (A. ARMENDARIZ et al., 1989). En este grupo habría que incluir también el abrigo de La Peña, cuyo nivel sepulcral (Nivel c) no ha podido ser fechado directamente, pero ha de ser anterior al  $4.350 \pm 80$  B.P. del nivel inmediatamente superior (A. CAVA y M.A. BEGUIRISTAIN, 1987).

Mención aparte merece el extraordinario abrigo sepulcral de San Juan Ante Portam Latinam, también recientemente excavado, que ha proporcionado las fechas de  $5.070 \pm 150$  y  $5.020 \pm 140$  B.P. (F. ETXEBERRIA y J.I. VEGAS, 1988). Estas dos fechas, sin embargo, nos parecen algo antiguas para un ajuar que contiene ya foliáceos con retoque plano. En base a estos elementos, más nos inclinamos por colocar el yacimiento en el período transicional que comentamos.

Como es posible deducir a través de los ajuares, los yacimientos se multiplican durante el Calcolítico y la Edad del Bronce. Al Calcolítico y primeras etapas del Bronce pertenecerían cuevas tan representativas como Arratiandi, Gobaederra, Kobeaga I, Las Pajucas, Iruaxpe I, Pikandita y Urtao II (en su etapa más tardía), Sorginzulo y Abauntz, junto a un largo etcétera. Yacimientos como Lamikela, Obenkun o Urbiola serían prototípicos de un Bronce pleno o tardío.

La costumbre de enterrar en cuevas decae visiblemente a finales de la Edad del Bronce para ser sustituida por los nuevos hábitos funerarios de origen indoeuropeo, pero aún no desaparece completamente. Es posible ver todavía inhumaciones en cueva, a veces individuales, acompañadas de cerámicas características del Bronce Final y la Primera Edad del Hierro. Se supone que es también en este momento cuando aparece un arte rupestre esquemático en el interior de las cavernas, tal vez en relación a su función sepulcral, como veremos luego.

Por fin, los enterramientos en cueva desaparecen casi por completo (o, al menos, no llegamos a identificarlos) y parecería que se hubieran extinguido definitivamente si no fuera porque, inesperadamente, renacen con cierta fuerza en las postrimerías del Imperio Romano y, lo que es más sorprendente, con idénticas características que los conocidos en épocas prehistóricas. Se ha discutido mucho sobre estos yacimientos que, siendo tan tardíos, re-

AÑOS C-14 B.C.	NIVELES CUEVAS SEPULCRALES	DOLMENES/TUMULOS
500	? KOBEAGA I	
1000	GERRANDIJO	
1500	LAS PAJUCAS GOBAEDERRA	ITHE 2
2000	IRUAXPE I ABAUNTZ	ITHE 2 LOS LLANOS
2500	PEÑA LARGA URTAO II	KURTZEBIDE
	LOS HUSOS I	LOS LLANOS
3000	SAN JUAN A.P.L. FUENTE HOZ MARIZULO	LARRARTE LOS LLANOS TRIKUAIZTI I
3500		LARRARTE
4000		
4500	ZATOYA I	

Tabla 1.— Dataciones C-14 relativas a cuevas sepulcrales y monumentos dolménicos en el País Vasco.

producen rasgos considerablemente arcaicos, sin que se haya llegado todavía a interpretaciones convincentes. Lo cierto es que allá donde sus ajuares han podido ser datados, éstos señalan indefectiblemente fechas en torno a la segunda mitad del siglo IV e inicios del V.

## LOS AJUARES

La mayor parte de las cuevas presenta, junto a los restos humanos, una serie de materiales de muy diversa índole que constituyen los llamados ajuares funerarios. Su análisis debe emprenderse con la conciencia de que se trata de una representación de objetos de carácter selectivo, muy interesante desde cierto punto de vista, pero engañosa por parcial. Por tanto, deberá inscribirse siempre que sea posible en un contexto más amplio que comprenda los diferentes aspectos de una determinada sociedad. No podemos hacer aquí un análisis pormenorizado de estos ajuares, pero nos interesa subrayar al menos algunos aspectos generales.

Llama la atención, en primer lugar, lo raquítico de estos depósitos. Incluso aquellos pocos ajuares que podrían juzgarse excepcionalmente ricos, como el hallado en Gobaederra por ejemplo, dejan de serlo si calculamos su distribución entre los aproxima-

damente 100 individuos que fueron allí inhumados. En otras cuevas la cosa es aún peor y sugiere que muchos cadáveres han sido enterrados sin ningún tipo de ajuar (duradero, al menos). Desconocemos lo que esto puede significar, si debe interpretarse como indicio de una primitiva jerarquización social o si se trata de una discriminación de otro tipo.

Por otra parte, debemos tomar igualmente en consideración un número relativamente elevado de cuevas que no han proporcionado ningún elemento de ajuar, probablemente porque todavía no se han practicado en ellas excavaciones serias. Parece razonable identificarlas como yacimientos prehistóricos y así se ha hecho tradicionalmente en casos como Arraldai, El Lechón o Las Calaveras.

Ya se ha puesto de relieve en otras ocasiones la fragmentación de los objetos de los ajuares (sobre todo, como es lógico, de la cerámica), que muchas veces resulta chocante por excesiva, o la ausencia de piezas o partes de los mismos. Esto es aún más palpable en los dólmenes, que son más fáciles de registrar a fondo. Da la impresión de que frecuentemente se depositan objetos solamente a un nivel simbólico: un fragmento de vasija cerámica, piezas de sílex rotas, unas pocas cuentas de collar...

No se ve con claridad la existencia de patrones comunes en los ajuares, ni siquiera entre aquellas cuevas que pueden suponerse más o menos contemporáneas. Algunas incluso parecen «especializadas» en determinados elementos. Así, los objetos de hueso de Kobeaga I, el metal y las puntas de sílex en Gobaederra y Urtao II, los objetos de adorno en Arratiandi y Sorginzulo, la piedra pulimentada en Obenkun, la cerámica en otros diversos yacimientos, etc. No sería extraño que algunos de estos lotes de objetos hayan sido depositados simultáneamente.

## LOS RITOS FUNERARIOS

La homogeneidad entre estos yacimientos es más palpable en lo tocante a los rituales funerarios que podemos constatar.

En términos generales, se trata de inhumaciones colectivas. Son raros o dudosos los casos de cremaciones o incineraciones, como veremos enseguida, y las inhumaciones individuales son también poco frecuentes.

Está claro que, como ocurre en los dólmenes, se entierran juntos individuos de todas las edades y de ambos sexos. En este sentido, no podemos coincidir con la hipótesis expuesta por M.A. BEGUIRISTAN (1987), según la cual las cuevas se reservarían para los enterramientos femeninos y los dólmenes para los masculinos.

En general, los cadáveres se depositan sencillamente sobre el suelo de la cueva, sin cubrir. Esta práctica ha facilitado la dispersión de los huesos y, en consecuencia, es difícil decir algo acerca de su posición original. Los pocos esqueletos que se han conservado en conexión sugieren que los cadáveres se depositaban tanto en posturas flexionadas (Aro Negro, Urtao II, Padre Areso), como extendidas (Gobaederra, Basotxo I, Padre Areso, Fuente Hoz), a veces orientados (¿por azar?) en sentido Este-Oeste, como ocurre en Gobaederra, Basotxo, El Lechón o Marizulo.

En una docena de cuevas se ha señalado la presencia de cremaciones o incineraciones de los cadáveres. Con cada uno de estos términos queremos reflejar diferentes grados de combustión. De la cremación resultan huesos chamuscados o ennegrecidos, pero no desfigurados; la incineración produce la calcinación de los huesos (característica coloración blanco-cenicienta) hasta su reducción a esquirlas irreconocibles.

Esta práctica ha sido considerada como una forma ritual de tratamiento de los cadáveres por J.M. APPELLANIZ (1974, 1975), mientras que otros autores (en especial T. ANDRES: 1977, 1979) la interpretan como una simple medida higiénica destinada a sanear las cuevas antes de nuevos enterramientos.

APPELLANIZ fue el primero en señalar inicios de cremación, en cuevas excavadas por él mismo: en las vizcaínas de Las Pajucas, Getaleuta, Aldeacueva, Gerrandijo, Txotxinkoba y Kobeaga I, en una escala de intensidad decreciente por ese orden, y en las alavesas de Arratiandi y Los Husos. Posteriormente se han detectado en Abauntz (P. UTRILLA, 1982), Peña Larga (J. FDEZ. ERASO, 1986) y Los Zorros (G.E.V., 1981), en Navarra, Alava y Vizcaya, respectivamente.

En colaboración con F. ETXEBERRIA hemos revisado el material óseo procedente de estas cuevas — con excepción de Abauntz y Peña Larga —, hallando que el fenómeno es bastante más dudoso o, por lo menos, menos frecuente de lo que cabría suponer.

Por lo que respecta a Vizcaya, puede decirse que en Las Pajucas, Getaleuta, Txotxinkoba y Kobeaga I no se observan huesos humanos quemados (los hay ennegrecidos de un modo natural, lo que ha podido inducir a confusión), aunque hay esquirlas de fauna que sí lo están. En Gerrandijo y Aldeacueva hay unos pocos huesos, tanto humanos como de fauna, quemados o calcinados. En Los Zorros, donde se ha practicado un simple vaciado del yacimiento por los descubridores, hay abundantes huesos hu-

manos quemados, pero en nuestra visita al covacho, que se encuentra inmerso en un complejo de fortificaciones de la guerra civil, pudimos comprobar que las paredes se encuentran completamente recubiertas de negro de humo, probablemente resultado de su uso prolongado como refugio en épocas recientes.

En Alava, las cremaciones del Nivel IIIB de Los Husos son atribuidas por el propio APELLANIZ a un hecho casual, derivado de la proximidad de los huesos a ciertos hogares. Las halladas en el nivel superior IIIA, por el contrario, se interpretan como rituales. Sin embargo, no nos parece que haya razones convincentes para interpretarlas de modo diferente a las anteriores. Por último, en Arratiandi, la mayor parte de los huesos humanos muestra efectivamente huellas de cremación. Pero nuevamente su origen es impreciso, pues el yacimiento se encontraba —si no todo, al menos en buena parte— revuelto en época reciente y resulta raro que también esté quemada una parte del ajuar.

Por lo que se refiere a la incineración, ésta ha sido señalada únicamente en Gobaederra (J.M. APELLANIZ et al., 1967), en el nivel intermedio de los tres que los excavadores indican en la cueva. Parece obvio, sin embargo, que todo el relleno puede agruparse en un único nivel, a la vista del ajuar. El supuesto nivel de incineraciones, por otra parte, se limita a una zona reducida de la sala y, a nuestro juicio, podría consistir en un grupo de huesos quizá afectados por algún fuego próximo. De no ser así, habrían quedado numerosos otros en distintas fases de cremación, pero en la revisión efectuada por F. ETXEBERRIA (1986) sólo se encuentran 34 huesos quemados o incinerados entre un total de 4.899.

En resumen, salvando los casos de Abauntz y Peña Larga, que no conocemos en detalle, puede decirse que la cremación o incineración intencionales de cadáveres en las cuevas sepulcrales vascas es un hecho de dudosa consistencia y, en el mejor de los casos, no pasaría de ser algo ocasional. Si efectivamente se produjo, es difícil explicarlo como medida meramente «higiénica»: las cremaciones hubieron de efectuarse en el exterior de las cavernas pues, en caso contrario, debería haber quedado en el interior una importante masa de carbones, que en ningún caso se ha señalado.

### CUEVAS SEPULCRALES Y ARTE RUPESTRE

Un fenómeno interesante, posiblemente también en relación con los rituales funerarios desarrollados en las cuevas, es la aparición de un arte rupestre de tipo esquemático, cuya cronología suele situarse a finales de la Edad del Bronce y durante la Edad del

Hierro (A. LLANOS, 1966). No entraremos aquí en este tema, que constituye el objeto de otro trabajo en este mismo volumen, pero nos parece oportuno insistir en el posible fin necrolátrico de este arte, aspecto ya sugerido hace tiempo por A. LLANOS (1962-63) pero al que se ha prestado poca atención posteriormente.

Es difícil poner en relación el arte parietal de una caverna con su yacimiento, más aún si éste es de tipo funerario, pero el hecho es que la práctica totalidad de las cuevas que muestran estas representaciones rupestres han sido empleadas como recinto sepulcral: Solacueva, Los Moros de Atauri, Pico Corral, Peña Oráu, en Alava; Goikolau, en Vizcaya; Peña del Cantero, en Navarra. Sólo Lazaldai, donde a pesar de que se mencionan indirectamente (A. LLANOS, 1966) nosotros no hemos encontrado restos humanos (en el Museo), y Liciti, cuyo yacimiento no ha sido explorado, escapan a la norma. Por otra parte, tanto en Obenkun como en Basotxo I existen series de raspados o rayados parietales de difícil interpretación, que habría que estudiar.

Juzgamos improbable que tal coincidencia entre arte y depósitos funerarios obedezca únicamente al azar, más aún a la vista de la Galería del Sílex de Atapuerca, en nuestra vecindad, donde parece obvio que dicha conjunción no es casual.

### CUEVAS SEPULCRALES Y MONUMENTOS DOLMENICOS

La relación entre las sepulturas en cuevas y las efectuadas en sepulcros dolménicos es otro problema interesante, todavía por resolver, que podríamos plantearnos, pues aparentemente ambas tradiciones coinciden cultural, espacial y cronológicamente. Tales coincidencias son, sin embargo, de carácter sólo parcial.

En lo referente a su evolución, hemos visto que los enterramientos en cueva posiblemente son tan antiguos como los dólmenes, pero aquéllos son raros en una época en que ya éstos parecen ampliamente difundidos. La coincidencia se producirá sobre todo durante el Calcolítico y los inicios de la Edad del Bronce, pues las cuevas siguen utilizándose con profusión más adelante, cuando ya los dólmenes han caído en desuso.

Respecto a la coincidencia espacial, se relativiza también si analizamos el fenómeno con detenimiento. Los dólmenes eligen preferentemente emplazamientos elevados, mientras las cuevas se ubican un poco por todas partes, siempre condicionadas por las áreas calizas. A título indicativo, la altitud media de aquéllos (sobre 524 monumentos) es

de 779 m.s.n.m., mientras que la de éstas (sobre 170 cuevas) es de 553 m. Las diferencias se acentúan mucho más si el cálculo se hace teniendo en cuenta las diferencias entre la zona cantábrica (con tierras más bajas) y la mediterránea (donde los desniveles son menores). De modo general, puede decirse que dólmenes y cuevas coinciden donde lo hacen sus premisas de asentamiento, es decir, en zonas calizas y altas, y ambos desaparecen o se rarifican en terrenos bajos donde no hay calizas, como es el caso de la zona media y baja de Navarra, cuya falta de sepulturas de cualquier tipo origina un interesante problema interpretativo.

También los ajuares de cuevas y dólmenes muestran ciertas divergencias que no podemos ahora detallar. A guisa de ejemplo, podríamos mencionar una serie de elementos que son habituales en los dólmenes, pero raros o inexistentes en las cuevas: hachas pulimentadas, geométricos de sílex, útiles de cobre, adornos de oro, cerámicas campaniformes, etc. Por otra parte, en las cuevas se encuentran con frecuencia grandes vasijas de cerámica que no aparecen en los dólmenes.

A pesar de todo, hay otras veces en que la convergencia entre cuevas sepulcrales y dólmenes es plena y son éstos los casos que plantean el verdadero problema. Así ocurre cuando ambos sistemas se encuentran próximos entre sí y con ajuares parecidos o de cronología similar. Un ejemplo ilustrativo es el de Arratiandi, una cueva cuyo ajuar se caracteriza por una serie de cuentas discoidales planas en hueso y piedra. Se da el caso de que estas mismas cuentas son también lo más característico en los ajuares de los cercanos dólmenes de Urbasa. Indudablemente debe existir una conexión, pero no sabemos cuál, como tampoco las razones que impulsan a enterrar según uno u otro sistema en un momento dado.

## BIBLIOGRAFIA

ALTUNA, J. et alii

1982 Carta Arqueológica de Guipúzcoa. *Munibe* 34. San Sebastián.

ANDRES, T.

1977 Las estructuras funerarias del Neolítico y Eneolítico en la cuenca Media del Ebro. Consideraciones críticas. *Príncipe de Viana* 146-147, 65-129. Pamplona.

1979 Ritos funerarios de la Cuenca Media del Ebro: Neolítico y Eneolítico. *Berceo* 97, 1-24. Logroño.

APELLANIZ, J.M.

1973 Corpus de materiales de las culturas prehistóricas con cerámica de la población de cavernas del País Vasco Meridional. *Munibe Supl.1*. San Sebastián.

1974 El Grupo de Los Husos durante la Prehistoria con cerámica en el País Vasco. *Estudios de Arqueología Alavesa* 7. Vitoria.

1975 El Grupo de Santimamiñe durante la Prehistoria con cerámica. *Munibe* 27, 1-136. San Sebastián.

APELLANIZ, J.M.; LLANOS, A. & FARINA, J.

1967 Cuevas sepulcrales del Lechón, Arralday, Calaveras y Go-baederra. *Estudios de Arqueología Alavesa* 2, 21-49. Vitoria.

ARANZADI, T. de & BARANDIARAN, J.M. de

1928 *Exploraciones prehistóricas en Guipúzcoa los años 1924-27*. Diputación de Guipúzcoa. San Sebastián.

ARMENDARIZ, A. & ETXEBERRIA, F.

1983 Las cuevas sepulcrales de la Edad del Bronce en Guipúzcoa. *Munibe* 35, 247-354. San Sebastián.

ARMENDARIZ, A. et alii

1989 Excavación de la cueva sepulcral de Urtao II (Oñate, Guipúzcoa). *Munibe* 41. San Sebastián.

BALDEON, A. et alii

1983 Excavaciones en el yacimiento de Fuente Hoz (Anúcita, Alava). Informe preliminar. I Campaña de excavaciones. *Estudios de Arqueología Alavesa* 11, 7-67. Vitoria.

BARANDIARAN, I.

1982 Datación por el C-14 de la cueva de Zatoya. *Trabajos de Arqueología Navarra* 3, 43-57. Pamplona.

BARANDIARAN, I. & VALLESPI, E.

1980 Prehistoria de Navarra. *Trabajos de Arqueología Navarra* 2. Pamplona.

BARANDIARAN, J.M. de

1927 Las cuevas de Jentiletzeta (Motrico). *Anuario de Eusko Folklore* 7, 7-16. Vitoria.

1953 *El hombre prehistórico en el País Vasco*. Ed. Ekin. Buenos Aires.

BASABE, J.M. & BENNASSAR, I.

1983 Estudio antropológico del yacimiento de Fuente Hoz (Anúcita, Alava). *Estudios de Arqueología Alavesa* 11, 77-119. Vitoria.

BEGUIRISTAIN, M.A.

1987 Nuevos datos sobre el ritual funerario durante el Neolítico y Edad del Bronce en Navarra. *Príncipe de Viana (I Congreso Gral. de Historia de Navarra)* 48-7, 205-215. Pamplona.

CAVA, A. & BEGUIRISTAIN, M.A.

- 1987 Cronología absoluta de la estratigrafía del abrigo de «La Peña» (Marañón, Navarra). *Veleia* 4, 119-126. Vitoria.

ETXEBERRIA, F.

- 1986 Paleopatología de los restos humanos de la Edad del Bronce procedentes de Gobaederra (Alava). *Munibe (Antropología - Arkeología)* 38, 3-17. San Sebastián.

ETXEBERRIA, F. & VEGAS, J.I.

- 1988 ¿Agresividad social o guerra? durante el Neo-eneolítico en la cuenca media del Valle del Ebro, a propósito de San Juan Ante Portam Latinam (Rioja alavesa). *Munibe (Antropología-Arkeología) Supl.* 6, 105-112. San Sebastián.

FERNANDEZ ERASO, J.

- 1986 Peña Larga (Cripán, Alava). II Campaña de excavaciones. *Arkeoikuska*, 12-15. Vitoria.

GRUPO ESPELEOLÓGICO VIZCAINO

- 1981 Nuevo yacimiento prehistórico en la cueva de Los Zorros, Abanto y Ciérvana (Vizcaya). *Kobie* 11. 515-516. Bilbao.

LABORDE, M. et alii

- 1967 Excavaciones en Marizulo (Urdieta) (Campañas 1965-1967). *Munibe* 19, 261-270. San Sebastián.

LLANOS, A.

- 1962- Las pinturas rupestres esquemáticas de la provincia de Alava. *Estudios del Grupo Espeleológico Alavés* 1, 109-119. Vitoria.

- 1966 Resumen tipológico del arte esquemático en el País Vasco-Navarro. *Estudios de Arqueología Alavesa* 1, 149-158. Vitoria.

LLANOS, A. et alii

- 1987 *Carta Arqueológica de Alava 1*. Public. del Instituto Alavés de Arqueología. Diputación Foral de Alava. Vitoria.

MARCOS, J.L.

- 1982 Carta Arqueológica de Vizcaya. Yacimientos en cueva. *Cuadernos de Arqueología de Deusto* 8, Bilbao.

UTRILLA, P.

- 1982 El yacimiento de la cueva de Abauntz (Arraiz-Navarra). *Trabajos de Arqueología Navarra* 3, 203-353. Pamplona.